

MIKEL GUERENDIAIN

Mauro

A María Pilar Azpiroz,  
mi madre.

PRIMERA PARTE

# El penal

## GERMÁN

Y luego está la tos. El rastrillo, ese estrecho túnel que separa nuestras dependencias de las de los presos, apenas sirve durante las frías noches para aplacar el sonido continuo y exasperante de la tos. Es como si los diferentes sonidos, ruidos más bien, se pusieran de acuerdo en parodiar el concierto de un grupo de músicos mal orquestados, carentes de tono y que en su vida hubieran sabido interpretar una escala musical.

—¿Qué refunfuñas?

Tomasito, déjame en paz, ¿quieres?

—Nada —digo.

## INOCENCIO

Cuenta el historiador griego Diógenes Laercio que Anaxágoras, al prepararse para el inesperado exilio, recordó su llegada a Atenas treinta años atrás. Un sol apaciguador. Las puertas abiertas del consejo de la ciudad. Un placentero aroma a garbanzos y membrillos. Pericles no era más que un mocoso a quien él, Anaxágoras, tenía la tarea de educar. Para la hora de su partida, sin embargo, las tornas habían cambiado tanto que aquel joven muchacho, imber-

be, de mirada de zarigüeya, se había convertido en el todopoderoso de Atenas. Para evitar males mayores, instó a su antiguo maestro a partir a las lejanas tierras de Lámpsaco y continuar allí teorizando sobre la naturaleza, el cielo y el sol. Lo que pasó por la cabeza de Anaxágoras no lo podemos saber, pero yo lo puedo imaginar. Tanto esfuerzo, habría rumiado con gesto derrotado, para nada. ¿Así me había sentido yo apenas unos meses atrás?

## GERMÁN

—¿Nada? —insiste Tomasito.

—Esas toses —digo por fin—. Cada día suenan peor.

Es lo más duro de estar aquí. Escuchar la tos. Esas toses que, como un incendio descontrolado, parece que nunca van a terminar. Tampoco durante el alba, cuando todos parecen dormir, la tos deja descansar a quienes, como yo, les cuesta conciliar el sueño. Desde la garita de guardia, donde me encuentro haciendo turno, se pueden escuchar esas toses, ruidos persistentes que parecen querer preludivar una muerte que no tardará mucho en llegar.

—Ellos se lo han buscado —dice tajante Tomasito.

A don Laurentiano, el médico, la tos no le quita el sueño. Anda bastante preocupado por las infecciones parasitarias de la piel que se han propagado por todo el penal. Aunque, a decir verdad, lo que le hace maldecir es el repunte de casos de tuberculosis. Camina cariacontecido y, cuando le preguntan por estas neumonías, él contesta que pasarán. Las neumonías pasarán. Pero yo, que de medicina sé más bien poco, tengo serias dudas. En la enfermería también hacen oídos sordos a las toses. Las cuatro monjas que se

encargan de poner un poco de orden andan más preocupadas en auxiliar al médico que a los enfermos.

—¿Un cigarrillo?

Tomasito lleva aquí menos de un mes. Cuando me toca turno de garita con él, lo veo escrutar el cielo nublado y me acuerdo entonces de mi hermano pequeño, castaño, de apenas metro y medio de altura, ojo avizor como zorro que espera paciente a su presa.

—Gracias —digo.

Hablamos de esto y de aquello. De las nueces del nogal junto al huerto de sus padres allá en Zamora. De la joven que se le ofreció la noche antes de partir. De si mañana lloverá.

De todo menos de política.

## INOCENCIO

A mis estudiantes les hablaba de Solón y su empeinado propósito de clasificar a los atenienses en diferentes clases económicas. De cómo en las Termópilas los griegos consiguieron contener a una marabunta de persas. También de Alejandro el Magno y de la astuta táctica con la que derrotó a un príncipe indio en el río Hidaspes para, después de juzgarlo como un digno enemigo, mantenerlo en el puesto como vasallo.

Efectivamente, en ocasiones me había sentido como un ser derrotado. Tanto esfuerzo, me repetía ahora, para nada. O peor aún. Tanto esfuerzo para acabar en este helado penal del que pocas cosas buenas puede uno decir. Peor que los topos.

A mis alumnos de Salamanca les hablaba también de cómo aprender historia servía para comprender las catástrofes y restable-

cer el convaleciente mundo en que nos encontrábamos. Escuchaba sus risas entrecortadas. Hay que tener cuidado con las amenazas que nos rodean, les advertía, y especialmente con la religión. Entonces dejaban de pestañear y se hacía el silencio. Este es un mundo lleno de matices, les decía.

¿A qué matices se refiere, don Inocencio?

¿Matices? ¿Había dicho yo *matices*? Sí, pero ni siquiera recordaba muy bien de qué estaba hablando. O lo sabía, pero creía conveniente callar, hacer de tripas corazón y seguir el curso de los acontecimientos a cierta distancia. Ver los toros, sí, pero desde la barrera.

Las cosas se están poniendo feas, decía mi hermana al verme llegar de la universidad. Muy feas, insistía, aun sabiendo que mi manera de actuar difícilmente iba a cambiar. Luego acercaba a la mesa la cazuela de sopa de ajo.

—Cuanto menos hables, mejor, Inocencio.

—Explico Historia en la Universidad —el calor de la sopa abría sutilmente mis orificios nasales—. Historia en mayúsculas. A mí todas estas historias de hoy me importan más bien poco.

## GERMÁN

—A estos hay que meterlos en cintura —dice Tomasito haciendo uso de una expresión que suele repetir.

Hoy estoy aquí. Mañana puedo estar allá. La política lo enturbia todo. Y lo tengo claro: mejor no revolver más las cosas. Bastante jodidas están. Por eso acostumbro a mantenerme callado cuando me toca hacer turno de garita con Tomasito.

Pero él insiste.

—¿Qué opinas?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Nadie tiene el valor de llevarle la contraria. Es el hijo mayor del jefe de la Falange en Zamora. Uno de los de arriba, como suele decirse. Cuentan los rumores que la limpieza que hizo al inicio del alzamiento es de las que no se olvidan. Un julio para conmemorar, otra expresión de las suyas. Una limpieza que hicieron él y su padre. Su padre y él. Porque allí adonde iba su padre, iba Tomasito de acompañante. Perro fiel que sigue al cazador. Sube al camión, hijo. Primero a este pueblo. Luego a aquel otro. Bien, Tomasito, bien. Aprendes rápido. Y palmadita en la espalda. Cuentan también que al final de aquel verano Tomasito se propasó un poco. Por utilizar palabras suaves. Tomasito, hoy te has pasado, ¿qué vamos a hacer contigo? Trasladarlo primero a Salamanca y luego aquí ha sido una especie de castigo. Lo tienen más controlado. El padre no puso peros.

—El odio ensucia —digo.

—No —afirma rotundo Tomasito—. Ensucia la mierda.

## DON TEODOSIO

He ordenado limpiar el foso. Otra vez. Me consta que no hay nada que limpiar, pero eso es lo de menos. Lo verdaderamente importante es que estos hombres hagan algo, y hacer como que limpian el foso ya es algo. Cuanto menos hacen, menos quieren hacer. Estar parado tanto tiempo les va a convertir en seres ociosos y gaudules. Si no lo eran ya, claro. ¿Cómo era aquello de la cigarra y la

hormiga? Cuando todo esto termine, alguien tendrá que arrimar el hombro en lo que quede de este desaguisado.

Ser el mandamás de este lugar también tiene su aquel. Los que salen de aquí en libertad —menos de los que me gustaría, la verdad— deben reintegrarse en la sociedad. Lo dicho, se van a necesitar mineros, carpinteros, peones de todo tipo. Que nadie se lleve a engaño: este puesto de director exige mucha responsabilidad.

El ordenanza ha dejado en mi mesa varios documentos. Vamos allá. El francés que estaba en la celda de castigo tiene que salir a la calle. Es una orden que viene de arriba. ¿Será una recompensa al Gobierno francés por no apoyar abiertamente a la República? Quién sabe. En realidad, que salga alguno de vez en cuando hasta nos viene bien. Aligera el espacio, y ver caras nuevas nunca está de más.

Hace dos años nos quedamos sin presos. Fueron amnistiados. Otro mal hacer del anterior Gobierno. O desgobierno, más bien. Consecuencias de su adorada República. Te levantas en armas, matas a dos guardias civiles, o a diez, qué más da, y te ponen de patitas en la calle. Ancha es Castilla. Más que castigos parecían condecoraciones. Y no nos engañemos, así es muy difícil poner orden. ¿Quién canaliza un río cuando ya se ha desbordado? Al poco vino el alzamiento y esto se llenó de comunistas. Que no ha hecho nada, dice uno. Que no ha matado a nadie, dice otro. Que no... Ya. Y voy yo y me lo creo.

Este lugar cada vez me gusta menos. No me refiero únicamente al penal. Son estas montañas. Esta ciudad sombría. Me transmiten soledad. Mi mujer insiste en que solicite un traslado. Cuando Madrid caiga —dice mientras me abraza con fuerza— me gustaría irme allí y ver la ópera, el teatro, el Retiro. Me pregunto desde cuándo le ha interesado la ópera. Poco tiempo atrás solo hablaba de rezar el rosario y de jugar al chinchón. Mi mujer está cambiando mucho. Noto cierta transformación en ella. El teatro. Bueno, ya veré. El Retiro. Tal vez pida el traslado cuando todo esto termine. Todo puede pasar.

## INOCENCIO

¿Qué quiere decir con eso de los claroscuros de la religión, profesor?

Dudaba. No lo sé exactamente, y carraspeaba con una tos artillosa. Nuestra sombra es la tragedia, me esmeraba en escurrir el bulto, y es necesario aprender a vivir con este sinsentido.

Conseguía a trompicones esquivar aquel tipo de preguntas. Respiraba sosegadamente y continuaba: como os digo, muchachos, la concepción del devenir histórico en la cultura grecolatina... Pero me resultaba muy difícil seguir con el desarrollo de mi conferencia.

¿Y es verdad, don Inocencio, que usted considera que santo Tomás de Aquino miente cuando...?

Santo Tomás de Aquino no miente. Santo Tomás de Aquino era humano y, como humano que era, erraría en algún momento de su vida.

¿Pero en qué momento había hablado yo del pensador escolástico? Mis respuestas servían para acallar las voces discordantes, aunque volvían a la carga antes de que el minuterero del reloj diera la vuelta.

¿Y la revolución, profesor, qué opinión tiene de lo que ha pasado en Asturias?

A mí todos esos sucesos ni me van ni me vienen, les decía yo. Pero esos sucesos me iban, y ellos lo sabían. Ese es el motivo por el que estoy aquí, en esta oscuridad sazónada de oscuridad, rodeado de chinches que no me dejan dormir.

La vigilia me hace visualizar a Anaxágoras, maestro de Tucídides o Eurípides, el rostro contraído mientras prepara su escaso

equipaje para la partida. Es probable que estuviera al tanto de que expresarse libremente le ponía en el punto de mira. Que opinar vehementemente que el sol era una aglomeración de rocas inflamadas por la colisión y la ruptura del éter era ir demasiado lejos. Atenas, por mucho que le pesara, seguía siendo un bastión de la tradición en la que su opinión sería juzgada con la vara de la superstición.

Un fuerte picor en la rodilla me hace olvidar a Anaxágoras. Malditas chinches. Y maldita tos. Maldita pero necesaria. Porque en esta negrura la tos es lo único que, malamente, ilumina un poco. Quien deja de toser, deja de respirar. Mejor toser y sentir las chinches, uno, dos, recorrer con ímpetu tu cuerpo, tres, cuatro, y no espantarlas ni con la tos.

A mi lado hay un muchacho de quien todavía no conozco la voz. Lleva un pequeño bigote, pulcro y recortado, que es lo único que se esmera en cuidar. ¿Cómo lo hará? Hoy le han enviado a retirar la basura almacenada en las cañoneras y transportarla a los fosos. Aquí hay poco que hacer aparte de hablar, y a su vuelta he querido saber qué tal le ha ido. Me ha regalado una mirada ausente, de esas en que la nada, el vacío y el abismo más espectral se hacen presentes. Como toda respuesta ha levantado los hombros y, ya en el suelo, se ha acurrucado contra la pared.

Y yo, tose, Inocencio, tose.

## GERMÁN

Tomasito se rasca la entrepierna.

—¿No te pican las muy cabronas?

Claro que me pican. Las noches son una lucha continua para tratar de aplastar varias docenas de chinches, pero mi única respuesta es el silencio. Quejarse demasiado es un mal hábito que es mejor no alimentar. Ya lo he dicho. Estoy aquí como podría estar en la trinchera, ¿y acaso en la trinchera no hay piojos? Y mortero, y metralla, y muertos. Demasiados muertos.

Aceptar lo que te viene. Es algo que aprendí de muy pequeño. Germán, haz lo que se te ordene, y cuanto menos te quejes, mejor. Tan sencillo como eso.

—Sí, no paran ni un segundo.

Tomasito me mira y frunce el entrecejo, poco convencido de mi respuesta.

Mayo avanza y por fin consigo ver alguna cogujada. Al final de mes, en el pueblo de mi madre, se celebra la romería en honor a san Lucas. Le he prometido a Manoli hacer todo lo que esté en mis manos para ir juntos. He solicitado a don Teodosio, jefe del penal, permiso para acudir. Pero su respuesta ha sido un desgano ya veremos.

Del norte llega un breve trueno y después el silencio, breve también, pues la noche acaba siendo salpicada por las toses de esos infelices, esos desdichados, esas pobres gentes cuyo único objetivo en la vida no es otro que malvivir.

—Vida perra —digo.

—La que cada uno elige —gruñe Tomasito con la mirada puesta en los pabellones de los presos.

La vida. Qué farsa tan grande. Yo le exijo poco. Casarme con Manoli, tener hijos. Vivir tranquilo. Morir tranquilo.